

LA CASA DE LA CALLE DEL SOCORRO

UNA llovizna persistente, de esas que durante dos o tres días seguidos interrumpen los vendavales montevideanos del invierno y se acompañan de un alza de temperatura casi imperceptible, había introducido en la casa, desde la mañana, un rumor impreciso y constante que había vuelto más silencioso aún el ámbito tapizado donde los pasos no se oían resonar y las conversaciones eran escasas y moderadas. Aquel silencio, obtenido en pleno centro de la ciudad gracias a minuciosas aplicaciones de elementos diversos —pisos totalmente alfombrados, dobles cristales en las ventanas, y hasta algún material aislante disimulado tras los empapelados que cubrían ciertas paredes— había encantado a Tota Urrutia cuando ella y su marido André Maubourg habían venido a Montevideo a pasar unos días en casa de su prima Cristina Pérez Lefaur: el silencio, y la fusión de tonos pálidos empleados en decoraciones y muebles obtenían para aquella vivienda una impresión general de blancura. Pero no a André: aquel francés educado en Oxford, que hablaba siempre inglés con su mujer argentina, había declarado a ésta, ya solos en el cuarto de huéspedes, que la casa de Cristina le parecía sofocante y "too damn virginal".

La estada de los primos había sido breve, como siempre

que pasaban por Montevideo para seguir viaje a Europa. Cristina no había visto alteradas sus costumbres pero desde tres días antes, de nuevo sola, se encontraba devuelta a la fruición de su independencia así como al estado permanente de equívoca angustia cuyas alternativas de excitación y melancolía le proporcionaban un buen pretexto para ejercer sobre sí misma algunas disciplinas de contención que alimentaban su orgullo y su heredado propósito de elegancia moral.

Desde una hora antes, los lejanos y espaciados rumores provenientes de la cocina donde terminaban sus tareas la ya envejecida Carola y la otra muchacha que todas las mañanas venía a ayudarla en las labores más pesadas, se habían desvanecido. Y Cristina, que había decidido dormir durante las primeras horas de la tarde, resolvió de pronto salir.

Se alegró de que a esa hora Carola estuviera retirada en su cuarto, durmiendo o zurciendo ropa. Carola se estaba volviendo rezongona y autoritaria, con esa familiaridad que nadie intenta corregir en los servidores que ya han conocido a dos generaciones de la misma familia a cuyas órdenes siguen estando. Si la hubiese visto prepararse para la salida, no hubiera ahorrado comentarios sobre la inconveniencia de andar por la calle con aquel tiempo, y el pretexto de que Cristina *tenía* que ir a buscar unos libros nuevos hubiera parecido bastante pobre. Pocas cosas irritaban más a Carola que el continuo afluir de libros y revistas a la casa; no podía comprender que se siguiera añadiendo estantes a la vasta biblioteca, nunca disminuía a pesar de las repetidas mudanzas que en los últimos diez años se habían realizado debido al aburrimento que producía en Cristina cada nueva casa, a los pocos meses de terminado un costoso arreglo supuestamente definitivo. En cuando a la que ahora habitaba, desde hacía algunas semanas le había empezado a encontrar

defectos que ella misma magnificaba hasta convencerse de que eran intolerables.

Sin haber tomado una resolución precisa, había comenzado a recortar algunos anuncios de alquiler. La visita de Tota y André había desplazado aquellas preocupaciones, y ya no sabía dónde había puesto los recortes. Cristina sonreía, mientras se ponía el sombrero, pensando en la poca convicción que habría puesto en explicar a Carola su decisión de ir a buscar libros. Sabía que, aun para sí misma, aquello era un pretexto. Su deseo de salir en la tarde lluviosa era imperativo, pero no obedecía a ninguna necesidad concreta. "Una de mis viarazas", se dijo. Ya lista, apagó las luces de su tocador, caminó por el largo pasillo, y salió sin ser notada.

A los treinta y nueve años, Cristina conservaba intactas muchas de sus fruiciones de adolescente. Entre éstas se contaba la de ambular por la calle cuando la lluvia era decorosa. A los dieciséis años le habían permitido por primera vez salir a caminar bajo la lluvia, y recordaba que el pretexto dado había sido el de estrenar un impermeable —el primero de señorita— que su padre le había traído aquel mismo día de Buenos Aires. Con cierta melancolía pensó que casi todas las independencias sucesivas que había ido conquistando hasta que había llegado a ser adulta y sola, habían sido obtenidas por medio de pretextos, ingenuos los unos, con apariencias de tales los más. No todas le dieron un goce tan puro y tan solitario. Desechó, en aquel momento, todo recuerdo triste y en particular uno, reciente, que todas sus fuerzas se estaban empleando en sofocar desde meses atrás, y cuando hubo caminado cincuenta metros ya estaba totalmente envuelta en aquella atmósfera húmeda y sombría que le hacía tomar mayor conciencia de la vitali-

dad de su sangre y de la permanencia, en su corazón, de una especie de hogar siempre cálido y expectante.

Metió las manos en los bolsillos del impermeable, y al hacerlo palpó en uno de ellos varios papelitos arrugados. Pensó que serían entradas de cine y los arrojó sin mirarlos. Pero uno había quedado en el fondo y lo sacó de allí para ver de qué se trataba. Era un recorte de diario, y al observar la dirección impresa en él, que se destacaba del resto, no recordó haberlo visto antes entre los anuncios de alquiler que había guardado. Volvió a mirar aquella dirección, y se sorprendió de que algo tan particular no se hubiera fijado en su memoria. El mismo texto parecía redactado de manera distinta de la habitual. No constaba de abreviaturas describiendo las diversas comodidades de la casa ofrecida, sino que decía solamente, en un recuadro bastante grande:

HERMOSA FINCA CON JARDÍN

Calle del Socorro N° 32

(Se atiende personalmente)

En primer lugar, la numeración no correspondía a la habitual. Esto no era muy sorprendente, porque a veces quedaban, de manera inexplicable, algunos rezagados números antiguos entre los modernos ordenados por el municipio. Lo raro era que esto sucediera en un lugar casi céntrico, donde tales olvidos eran menos frecuentes. Y la Calle del Socorro era una de las que cruzaban la arteria principal de la ciudad, a un kilómetro, más o menos, del lugar donde terminaba la zona de tránsito más intenso. Empezó a entusiasmarla la idea de vivir tan cerca del centro en una casa con jardín. No iba a ser fácil buscar el número. Cristina nunca había recorrido la Calle del Socorro. Sabía cuál era.

Sabía que el trecho que seguía llamándose así era el que partía el 18 de Julio hacia el Sudeste, pues del otro lado se le había dado el de un médico ilustre y fallecido. La primera manzana quedaba cortada por otra calle paralela a la principal. Suponía que después de esa interrupción la Calle del Socorro conservaría su nombre por lo menos hasta Rivera, donde quizás terminase. De ser así, habría que caminar poco desde 18 de Julio.

Se había alejado bastante de su casa, y al llegar a la Plaza Independencia estuvo por tomar un taxímetro, pero resolvió ir en ómnibus, que a aquella hora no iría demasiado lleno. El cielo no presagiaba cambio alguno. Por lo contrario, se había oscurecido hasta dar la impresión de un atardecer casi nocturno, a pesar de no haber transcurrido más de algunos segundos desde que el reloj de la Catedral hiciera oír las campanadas de las cuatro. Subió al ómnibus y con placer respiró un mezclado olor a pantasote, a impermeables mojados y al café recién molido que una señora llevaba en un paquete. A Cristina la encantaba el que las cosas tuvieran olores reconocibles, y contrastaba su exigencia de que en su casa se percibiera el menor olor de alimentos, especias o aceites por esa causa proscritos de su cocina, con la fruición que experimentaba una vez en la calle el reconocer, casi a ojos cerrados, las panaderías, las fiambre-rías, los comercios de tabaco, o, en el puerto, los hangares donde se almacenaban mercaderías varias.

La lluvia arreció cuando el ómnibus dejó la esquina de la calle Ejido. Los supuestos rezongos de Carola se habrían justificado si aquella descarga continuaba. Pero bien sabía que en Montevideo es imposible pronosticar algo seguro en cuanto a cambios atmosféricos: aquel chaparrón tanto podía preceder una tormenta producida dentro de la misma lluvia mansa anterior, como descargar el cielo en pocos minutos

y ser seguido por un atardecer de reflejos increíbles, rojizos y verdosos, multiplicados en los charcos que quedarán en las calles. Y luego podía llegar una noche estrellada y fría, límpida.

Dos o tres manzanas antes de llegar, observó que el paso de la gente, por las aceras, se volvía más lento porque el aguacero empezaba a ralear. Pero el cielo seguía muy oscuro y tras las ventanas seguían encendidas las luces que desde el mediodía venían anticipando la noche. Bajó en la esquina de la Calle del Socorro. A pocos metros de 18 de Julio un zaguán abierto le mostró algo fascinador: en el patio sin claraboya de una casa, antigua y baja, que parecía apoyarse en el gran edificio de apartamentos de la esquina, se levantaba un enorme filodendro —de los que tienen hojas caladas— hasta sobresalir un poco de la línea de la azotea. La lluvia había empapado las grandes hojas, y una pequeña brisa levantada en esos instantes, o la corriente producida por la puerta abierta, las movía haciendo jugar sobre ellas el reflejo de un brazo de luz que había en una pared. También había una pajarera muy grande y muchas macetas con plantas. Cristina deseó que la casa buscada fuese aquélla, y pensó que el jardín bien podía ser un segundo o tercer patio cultivado como tal. Pero muy difícilmente podía habersele ocurrido a alguien designar aquella modesta vivienda como "hermosa finca", aunque quizás hubiera podido considerársela como tal ochenta años antes. Una mirada al número de la puerta terminó de convencerla: no era aquélla la casa anunciada en el recorte. Dobló a la derecha, buscando la continuación de la calle cortada. Iba distraída, tratando de fijar en la memoria aquel reflejo de botellas verdes que había visto en las grandes hojas, y no levantó la vista hasta llegar a la nueva esquina.

Lo que vió entonces hizo que se detuviera por la sorpresa. El tramo desconocido de la Calle del Socorro no tenía nada que ver con el que acababa de dejar. No tenía nada que ver con el resto de la ciudad misma, a no ser con algún trozo de barrio de las afueras, o más bien de algún callejón de ciudad del interior. La calle era allí bastante más ancha, y en lugar de asfalto la calzada tenía un empedrado de grandes adoquines entre los cuales crecían algunas hierbas. Las veredas, a un nivel mucho más alto que las demás, estaban cubiertas de lajas de piedra cenicienta y pulida. A la derecha, una hilera de casas bajas se sucedía sin variantes que diferenciases a las unas de las otras. A la izquierda, una gran tapia, muy alta, de la que sobresalían variadas enredaderas, estaba encalada con un tono lila muy pálido, casi blanco, y se veía interrumpida, al medio, por un gran portón de rejas con floridos arabescos de hierro. Al fondo de la calle un gran edificio la cerraba como un telón. En los dos pisos que lo componían, todas las ventanas estaban cerradas tras las rejas repetidas. Su estilo era colonial y de sobrias líneas, y su color un rosa muy tierno, realzado por el blanco de las chambranas y el de las molduras que remataban el frontón central, donde unas letras espaciadas y en relieve permitían leer: "Hospicio de Nuestra Señora del Socorro."

Cristina se dió cuenta, de pronto, que era muy extraño que ella pudiese leer aquellas letras, percibir los distintos tonos de muros y fachadas, en la oscuridad que la había acompañado hasta la esquina. Levantó los ojos al cielo, y se encontró con un azul intenso, sobre el cual flotaban pequeñas nubes celestes que recibían reflejos rosados del sol que declinaba. Ningún edificio más alto se veía sobresalir por detrás del Hospicio, las casas de la derecha o la tapia de la

izquierda. Era como si otra ciudad distinta, de construcciones bajas —o el campo mismo— albergara aquella isla de silencio que sin embargo *estaba* dentro de una ciudad erizada de altas estructuras. Cristina experimentó una reacción que la impulsó a huir de aquel lugar. Pero su mano volvió a rozar dentro del bolsillo el recorte que la había llevado hasta allí. Otro impulso la dominaba, más fuerte, y avanzó hasta el portón de hierro donde *sabía* que encontraría el número que buscaba. Bajo la anilla que ponía en movimiento una campana, la cifra 32 se encontraba en una placa de verdinoso metal fundido.

Miró a través de la reja para ver qué aspecto tenía aquello antes de tocar la campana. El jardín pareció brotar del suelo ante su llegada, tan fuertemente proclamaban su presencia los perfumes, los colores, el vaho de humedad fértil que de él se desprendía. Las casas —pues eran dos, dispuestas como una L cuyo trazo más breve hubiera sido seccionado en el punto que lo unía al más largo— eran bien visibles desde el portón a pesar de alzarse ante ellas una pequeña avenida de naranjos que el invierno colmaba de esferas doradas. Algunas julianas, desnudas de follaje pero portadoras de grandes cálices rosa-morado, se erguían espaciadas entre vastos canteros donde eran cultivadas las más pálidas corolas invernales. Los junquillos, los jacintos, las violetas, mezclaban sus antagónicos olores a otro, más acre y difuso, que provenía de un gran macizo circular de crisantemos casi leonados. Una friolenta embriaguez, parecida a la que repercutía en el corazón de Cristina cuando comenzó a caminar bajo la llovizna, penetró en ella. Su resolución estaba tomada aun antes de observar la dignidad sencilla y ordenada de la arquitectura, común a las dos construcciones. Su mente iba anotando detalles satisfacto-

rios: las puertas de maciza madera lustrada, los herrajes de bronce pulido, indicaban un lujo compatible con ese ascetismo de las construcciones del pasado rioplatense, desdeñosas de lo ornamental, pero pródigas en espacio y materiales auténticos. Una gran galería vidriada daba sobre el jardín en aquella de las casas, paralela a la calle, que estaba situada al fondo. El reflejo del poniente no permitía ver a través.

Durante un tiempo que pareció muy largo, Cristina esperó que fuera atendido su llamado. De atrás de la casa del fondo surgieron, lentas, dos figuras vestidas de oscuro. Con paso silencioso, casi flotante, se venían dirigiendo hacia ella. Se trataba de una pareja de edad madura, con vagas reminiscencias de uniforme o librea en su vestimenta. La mujer llevaba el pelo recogido en un rodete erguido en su cabeza como una pequeña corona. El cuello de su vestido largo y amplio, muy ceñido en la cintura por una correa de charol de donde colgaba un gran manojó de llaves, llevaba un pulcro ribete de festón blanco. El hombre era calvo, menos en las sienes pobladas de cabello canoso. Lucía, bajo el cuello alto y almidonado, una tiesa corbata negra de lazo. Los pantalones de su traje eran estrechos en los tobillos y algo cortos, dejando ver unos botines altos, ajustados por elásticos. Llevaba guantes blancos de algodón. Ambos, de tez muy pálida, se inclinaron con cortesía extremada cuando estuvieron a dos pasos de Cristina, "Gran estilo *suranné*", se dijo Cristina, usando una palabra que su madre había declarado sin equivalencia española, mientras respondía sonriente a aquel saludo. La mujer abría el portón con una de sus llaves y el hombre se hacía a un lado dándole paso con un gesto invitante de la mano. No tuvo que hacer nin-

guna pregunta, porque ya el mayordomo —o lo que fuese— la interrogaba:

—La señora viene de parte de las Hermanitas, ¿verdad?... Ya la Madre Isabel nos dijo...

Como Cristina contestase negativamente, una horrible expresión, parecida a la de una cómplice ironía, deformó la cara rasurada del hombre y éste musitó:

—No he dicho nada, señora: no he dicho nada. Pase, pase...

A Cristina le pareció notar que, ocultando a medias el rostro con la mano enguantada, el hombre se volvía hacia la mujer mientras uno de sus párpados caía en un guiño. Esta impresión se disipó al oír que el hombre estornudaba casi sin ruido, excusándose en seguida por ello. La mujer seguía inmóvil, sonriendo apenas y con mucho empaque, la cabeza erguida y las manos cruzadas sobre el vientre. Cristina se encontró dirigiéndose hacia las casas precedida por el mayordomo y seguida por la gobernante, entre la doble fila de naranjos que había contemplado desde el portón. Los perfumes variados del jardín, antes fundidos en una sola atmósfera, parecían ahora seres vivos que se fueran presentando a medida que sus pasos avanzaban. El olor acre del boj, ese olor que parece el equivalente de una expresión negativa, estaba siempre tras los otros como el bajo continuo en ciertas músicas. Al llegar frente al primer edificio, el hombre se detuvo ante quienes lo seguían e indicó el sendero que llevaba a la puerta de aquella casa más pequeña. La mujer se adelantó y abrió la puerta de nogal moldurado. Cristina no hizo preguntas, respetando más la propia sorpresa esperada que aquel orden que se le imponía. Pensó que tendrían sus razones para empezar por aquella casa, y el mayor lujo de la misma le pareció razón su-

ficiente. Como si adivinara sus pensamientos —ya en el umbral— el hombre dijo:

—Esto le conviene más, señora.

La mujer, abriendo los labios por primera vez, comentó:

—Por ahora, al menos.

Una furibunda mirada del mayordomo la hizo enmudecer nuevamente, aunque no sin haber proferido un ruidito de risorio casi de labios adentro.

Cristina, ya en el vestíbulo, no pudo reprimir una exclamación admirativa. Lo que veía superaba toda expectativa optimista. Cristina guardaba desde su infancia una nostalgia especial por determinado estilo de viviendas que seguramente había frecuentado cuando era chica pero que su memoria no podía situar en una casa determinada. Era el de las construcciones coloniales reformadas para un lujo mayor, que habían incorporado a sus líneas ascéticas ciertos —muy pocos— elementos de un gótico apenas insinuado en la forma ojival de las puertas, en algún alto "lambris" de madera oscura, reluciente y olorosa a ceras perfumadas. Éstos se completaban con empapelados que parecían sedas de tonos oscuros y cálidos, y el tono general de los ambientes así condicionados era el de un refugio grave, suntuoso y seguro, totalmente ajeno a los azares del tiempo exterior. Estaban todavía lejos del "pastiche" gótico —ése sí recargado y falso— que impuso su mal gusto unos años después. Eran como el reflejo de un momento de fantasía equilibrada, dominada por un sentido especial: el de la sencillez que hubiera tomado conciencia de sus posibilidades de riqueza. Y allí, en la casa de la Calle del Socorro, se encontraba un resumen perfecto de aquel estilo que había sido fugaz y era memorable.

A ambos lados del pasillo se abrían las puertas que daban a un salón no excesivamente amplio, de un lado, y del

otro a una salita donde había hermosos muebles de escritorio. Todo: los muebles, las alfombras espesas y floridas en tonos pálidos, los objetos de plata, porcelana y cristal que adornaban los ambientes, producían el más extraño de los efectos por su indudable antigüedad y su no menos evidente calidad flamante. Era eso, quizás, lo que quitaba a aquella casa todo aire de cosa arcaica o fuera de lugar, como lo tienen aquellas donde se acumulan cosas antiguas que no corresponden a un todo armonioso. Los objetos *estaban* allí y *eran* de allí; vivían y parecían vividos; se podía sentir casi, como esa vibración que invade los ambientes todos de un transatlántico, una corriente de correspondencias sutiles entre todos ellos.

—Pero, ¿y esto? —preguntó Cristina al mayordomo sin poder terminar la frase.

—¿La señora *no sabía* que la casa se alquila con muebles?

Y nuevamente miró a la mujer con aquella expresión que Cristina había creído sorprender en el jardín.

Cristina se sentó en uno de los sillones de caoba y seda amarilla del salón, no sabiendo cómo disimular el entusiasmo que le habían producido aquellas palabras. Al fin pudo preguntar algo más, algo aparentemente normal, que le permitiera encubrir su resolución ya tomada de alquilar la casa, sin conocer las condiciones del precio. Preguntó por las demás comodidades, y se le describieron: dos alcobas, un tocador, un comedor con ventanal al jardín, un baño "muy moderno" con bañera de mármol y servicio de agua caliente con serpentín. Y una cocina "muy buena", con invitación de verlo todo en seguida. Pero ella quería, por el momento, quedarse en la sala, y el hombre, obediente, al ver que la luz de afuera comenzaba a escasear, se acercó a una de las paredes y encendió, con un mechero apropiado, dos brazos

de gas. Al hacer aquello aclaró a Cristina que la casa, como veía, tenía "todas las comodidades".

Estas últimas palabras la enternecieron, a pesar del leve miedo que desde su aparición había provocado en ella el mayordomo. Éste y la gobernante se fueron a las otras habitaciones para encender las luces, según dijeron a Cristina.

La sensación en la cual Cristina se dejaba sumergir era la de un completo acuerdo entre su ser y lo que la rodeaba, tal como nunca, antes, le había sido dado experimentar. La conciencia de ese bienestar borraba toda otra lucidez, y sólo percibía, ahora en modo más intenso, aquella especie de vibración que se traducía casi en un zumbido audible. Sus ojos se entrecerraban de placer y a veces se abrían ante *algo*, siempre diverso, que solicitaba su atención. Una vez fué un tono como de heliotropo en uno de los dibujos de la alfombra, en el cual, por un momento, creyó ver una flor corpórea y translúcida que se elevaba, entre hojas finas, del nivel del suelo. Otra vez creyó que un gran gato gris, hasta entonces inadvertido, se apelotonaba sobre un almohadón, para comprobar que se trataba solamente de un repliegue del mismo enorme cojín; llamada con más fuerza, volvió la cabeza para mirar un cuadro que se encontraba en la pared menos iluminada del salón, y en aquella penumbra distinguió apenas un torso de mujer que parecía mirarla. Mientras se sentía profundamente atraída por aquella figura misteriosa y por la vaguedad que la rodeaba, fué devuelta a su propósito de visitar la casa por la presencia de la mujer y del hombre. No sabía cuánto tiempo había pasado desde que quedara sola. Se dirigió con ellos a las otras habitaciones.

También en éstas todo era perfecto. Las dependencias de servicio correspondían del mismo modo a la impresión con-

ferida por el resto de la casa en el sentido de cobijar una vida no interrumpida por los años.

De vuelta en el salón, Cristina se detuvo nuevamente. Preguntó al mayordomo:

—¿Con quién tengo que hablar por las condiciones del alquiler?

Como si aquello lo sorprendiera mucho, contestó el hombre:

—Con nosotros, señora: *usted sabe* que el señor está ausente desde hace años...

Sin hacer caso de aquella extraña formulación, preguntó el precio, y cuando éste le fué dado, la cifra era tan ridículamente baja que Cristina creyó hallarse ante un loco. Se la hizo repetir. El mayordomo debió entender su gesto de sorpresa en sentido opuesto al que tenía, porque añadió presurosamente que se podía pensar en una pequeña rebaja, sobre todo tratándose de ella.

Las repetidas alusiones a un conocimiento previo no habían perturbado a Cristina. Sabía que su nombre y su figura eran bien conocidos y, además, cabía la posibilidad de que aquella gente hubiera estado al servicio de algunos amigos suyos sin que ella lo recordara. Evitó entrar en aclaraciones para no dar confianza a dos seres tan extraños, que la inquietaban ligeramente. Dijo que contestaría al día siguiente.

Antes de salir, Cristina se detuvo una vez más en el umbral del salón para contemplarlo. Nuevos puntos de atracción, otras sedas, algún reflejo de plata que parecía encenderse para retener su atención, se hicieron presentes. Quiso mirar el retrato desde cuyo marco los ojos de la mujer la habían mirado en la penumbra. Pero sólo un espejo de nebuloso azogue se encontraba en su lugar y reflejaba indecisamente los objetos adosados a la pared opuesta. Entre és-

tos, inadvertido antes por Cristina y ahora allí, casi al lado suyo, se encontraba un fanal altísimo cuyo cristal encerraba un exquisito faisán plateado. El cuerpo embalsamado parecía más vivo por el brillo de los ojos de cristal que por el intacto color del plumaje heráldico.

Mientras caminaba por el jardín, la mujer dijo a Cristina que ella podría traer consigo a su propia servidumbre, pues ellos no molestarían para nada. "Sabemos desaparecer", añadió con aquella empacada sonrisa que ya había observado Cristina.

—Pero, ¿ustedes se quedarán aquí?...

—No podemos abandonarla —dijo el hombre, señalando hacia la casa del fondo— somos parte de esto. Pero la señora nos verá sólo si nos llama.

Con estas palabras, la expresión del mayordomo había cambiado. Una extraña y como contenida desesperación tendía ahora sus facciones.

Cristina se sintió algo conmovida por ese dolor que había sustituido a la odiosa ironía.

—Por favor —les dijo sonriendo cordialmente—, no he querido decir que me molestarían. Preguntaba, nomás. ¿Y dónde viven ustedes?

A un tiempo mismo, el hombre y la mujer señalaron hacia la segunda casa.

Ya habían llegado al portón, y Cristina, sabiendo que volvería, que se instalaría en aquel ámbito tentador y extraño a la vera del jardín invernal, quiso darles alguna seguridad de que aquello era trato hecho.

—Anote mi nombre, por favor. La contestación definitiva se la daré mañana.

El hombre sacó de un bolsillo una libreta negra en la cual una tira de elástico sostenía un lápiz y, sin dar tiempo

ignorada por todos como sus relaciones con el mismo, sólo sabidas por Carola durante tres años de espaciados éxtasis y frecuentes contrariedades. Pero a pesar de atribuirle un origen explicable, no podía impedir que el miedo siguiera asentado en su corazón. Pensó entonces en su abuelo, delgado y taciturno, a quien había conocido ya muy viejo, muy encorvado, cuando ella andaba los primeros pasos. Siempre le había producido una pena muy aguda el recuerdo de una ocasión en que ella, cuando tenía cinco años, había preguntado al anciano por qué no tenía una abuelita como las demás niñas. Nada había respondido el hombre silencioso: grandes lágrimas se habían formado en sus ojos. Pocos días después había muerto.

Cristina llegó a su casa cuando el reloj de la Catedral daba las seis. Abrió la puerta con su llave, y no encontró a Carola en el trayecto hacia su dormitorio. Se desvistió, con una sensación de infinito cansancio, y se metió en la cama. Sólo entonces tocó el timbre para llamar a Carola. Ésta llegó con todos los síntomas de un serio enojo impresos en la cara. No dió tiempo a Cristina para que explicase su salida de aquella tarde:

—¡Parece mentira! ¡Todo el tiempo encerrada en este cuarto! ¿No tiene nada en que entretenerse, niña? Es cierto que el tiempo está feo: pero podía haber llamado a alguna amiga para tomar el té. Ya me imaginé que estaba con una de sus "neuras" cuando vine y llamé y no me contestó. Y le había hecho una torta riquísima. ¿A que yo sé lo que está pensando? No sea boba, niña; los hombres no valen "ni esto". ¡Es un escándalo!

—No, Carola: estás equivocada. Traeme ahora el té y no me retes, que no me siento bien.

Se oyó el timbre de la puerta de calle, y Carola salió a atenderlo. A los pocos momentos volvió trayendo un gran envoltorio, alto, sostenido por una argolla en la parte superior.

—Pero mire que estoy distraída, niña. No la quise despertar cuando llamó el arquitecto Torres para decir que le iba a mandar una sorpresa. Debe ser esto. ¿Lo desenvuelvo?

—Claro, boba. ¿A ver?

Siempre despertaban en ella una curiosidad emocionada los regalos que le hacía llegar una y otra vez el director del Jardín Zoológico, viejo amigo de su padre.

Carola desató las cintas, y apareció una liviana, alta jaula de mimbre. En su interior agitaba las alas un perfecto ejemplar de faisán plateado. Carola, extática, con las manos juntas, ya hablaba con mimos al ave. Cristina la sacó de aquel entusiasmo cuando le pidió el sobre que todavía colgaba de la jaula, y la instó, para quedarse sola y dominar la renovada turbación, a que le trajera el té ofrecido. La tarjeta decía solamente:

“Tinita: me dicen las muchachas de casa que este año se usan mucho las colas de faisán en los sombreros. ¿Por qué no un faisán vivo?... Tu ‘tío postizo’, Rafael.”

Cristina acarició tentativamente la posibilidad de no haber salido: de que la Calle del Socorro sólo existiera en el tramo conocido antes por ella; de que un sueño se hubiera ido acomodando hasta hacer que el faisán embalsamado, frente al espejo que había parecido contener un retrato, no fuera otro que éste, vivo, que le mandaba Torres. Se aferró más y más a esa idea. Pero dudó nuevamente, y se levantó a mirar las ropas que había colgado cuidadosamente tras el biombo.

Los zapatos tenían las suelas muy húmedas, y a sus tacones se adherían algunas briznas de hierba fresca.

LA CASA DE LA CALLE DEL SOCORRO

Volvió a meterse en la cama, y lloró igual que si algo inexorable se hubiera inclinado sobre su vida.

El faisán piaba con dulzura, como desde una lejanía infinita.

Junio de 1950.